

El veinticinco de noviembre, en Veracruz, el vicealmirante recibió oficialmente el cadáver de las autoridades y recogió las llaves del ataúd.

El 26 fué transportado el féretro al buque y colocado en la cámara de honor, que se improvisó en capilla ardiente.

Y la misma fragata *Novara*, que tres años y medio antes viniera empavesada á dejar en las playas veracruzanas á dos jóvenes soberanos, llenos de esperanzas y de ilusiones, se llevaba el cadáver de uno de ellos para depositarlo después de larga travesía por varios mares, en la cripta de Capuchinas de Viena, última morada de los miembros de la imperial casa de Hapsburgo.

## CAPÍTULO X

De Querétaro á México. — De México á Veracruz. — Me embarco á bordo del *Panamá*. — Mi llegada á Viena. — Audiencia del Emperador Francisco José. — Mi visita al archiduque Carlos Luis y á la archiduquesa Sofía. — Llega á Viena el cadáver del Emperador. — Suntuosos funerales. — Un baile en Palacio. — Venta del yacht *Ondina*. — Un recuerdo de la Emperatriz. — Mi viaje á Bruselas. — Vuelta á la patria. — Conclusión.

El día primero de julio de 1867, fuí conducido entre soldados, y por las calles principales de Querétaro, de mi prisión de Teresitas á la casa del general Escobedo.

Casi todos los prisioneros habían sido ya enviados á los diversos puntos del país adonde habían de cumplir su condena; en la prisión de Teresitas, solo quedábamos el ministro Aguirre, un joven empleado de la intendencia, de nombre Manuel Castillo, y yo.

Me preguntó Escobedo qué grado tenía yo en el ejército, y le contesté que ninguno, pues solo acompañaba al Emperador con el carácter de secretario privado. Me

preguntó enseguida á qué punto de la República quería yo ir, y habiéndole contestado que á la capital, me hizo extender mi pasaporte en ese sentido, advirtiéndome que á mi llegada á México debía presentarme al ministro Lerdo de Tejada.

Viéndome pues en absoluta libertad, pues así me manifestó el general Escobedo que quedaba, me dirigí desde luego á la casa de la familia Trejo, donde permanecí dos días, para agenciarme los recursos necesarios con que volver á la capital.

No me fué difícil encontrarlos entre los vecinos de esa ciudad tan adicta y tan fiel á la causa del Emperador. Ya con algún dinero, un buen caballo, y acompañado de Grill y de Tudos, emprendimos los tres la marcha para México, incorporados á uno de los batallones que se dirigían también á la capital, procurando nosotros de esa manera evitar ser desbalijados por tantos bandidos como pululan después de una guerra, en todos los países del mundo.

Grande fué la sorpresa de mi familia al verme llegar á México, pues no tenía absolutamente noticia alguna de mí. Supe desde luego que mi leal amigo Castañeda y Nájera había entregado á mi madre el dinero recibido en Querétaro, y después de cuatro meses que necesité para el arreglo de mi viaje á Viena salí de México en los primeros días de noviembre, rumbo á Veracruz, donde me embarqué á bordo del vapor francés *Panamá*.

Además del gran número de pasajeros que iba á bordo,

la mayor parte desconocidos para mí, me encontré en el buque con el mayordomo Venish y su familia, con el caballero Muller acompañado también de su familia, con el barón de Magnus, ministro de Prusia, con el ministro mexicano Larrainzar, que salía desterrado y con el consejero Eloin.

En la fortaleza de Ulúa, se encontraban prisioneros los generales Castillo, Escobar y el príncipe de Salm-Salm.

La princesa, infatigable en su tarea de salvar, ya que no había podido lograr la salvación de Maximiliano, trató de libertar á su marido, que se encontraba sentenciado á varios años de prisión en la fortaleza de Ulúa.

No fueron infructuosos sus trabajos, y consiguió por fin que el gobierno republicano conmutase la pena de su esposo por la del destierro.

Así fué cómo Salm, también nos acompañó en el viaje. Ignoro por qué motivo la princesa se quedó en Veracruz.

El *Panamá* levó anclas á las doce del día quince de noviembre de 1867, llevando también á su bordo un buen número de austriacos y belgas que volvían á su país.

Después de unos veintidós días de travesía, anclamos en Saint-Nazaire á principios de diciembre.

Me dirigí á Paris, donde me detuve unos quince días y de ahí á Viena, adonde llegué el 8 de enero de 1868.

Á los pocos días de mi llegada, solicité una audiencia

del Emperador Francisco José, quien desde luego me la concedió.

Presenté mi carta de introducción en el palacio de La Burg, y después de atravesar largas galerías y espléndidos salones, custodiados por guardias palatinas con uniformes muy semejantes á los del Imperio mexicano, llegué conducido por un chambelán hasta una puerta, custodiada también por dos centinelas.

El chambelán que me acompañaba, llamó á la puerta que era la del gabinete del Emperador y después de dar dos ligeros golpecitos, oímos una voz que dijo en alemán: Adentro.

Eran las once en punto, cuando fuí recibido por el Emperador de Austria.

Francisco José, tan alto como su hermano Maximiliano, estaba de pie cerca de una mesa donde había varios papeles, vestía el uniforme azul claro de la caballería austriaca y llevaba la espada al cinto.

Su fisonomía adusta y severa, á pesar de tener mucho parecido con la de su hermano, imponía respeto y no simpatía como el bondadoso rostro de aquél.

Me interrogó, en alemán, si hablaba yo ese idioma, y habiéndole contestado negativamente, siguió hablándome en francés muy correcto durante todo el tiempo que duró nuestra entrevista.

Me preguntó si había estado en el sitio de Querétaro, si había visto morir á su hermano, cómo había yo salido de México y, por último, si quería permanecer en Viena y radicarme allí.

Contesté detalladamente á sus preguntas y le dije que pensaba regresar á México, después de permanecer dos años en Europa.

Entonces me manifestó que hablara yo con el archiduque Carlos Luis, á quien Maximiliano había escrito detenidamente de sus asuntos, y que si resolvía yo que darme en Viena, se lo avisara para ver qué podía hacer por mí.

Después de una media hora, que duró la audiencia, me despedí y me dijo que dejara mi dirección en su gabinete. Le hice una respetuosa reverencia, me retiré de su pieza, y un chambelán me condujo hasta las puertas del Palacio imperial.

Pocos días después, fuí recibido por el archiduque Carlos Luis en su residencia de La Favorita, hermoso palacio rodeado de jardines y situado en la misma calle donde yo tenía mi habitación.

El archiduque Carlos Luis, tenía más semejanza que Francisco José con su infortunado hermano. Era tan alto como los dos, pero su tez muy blanca y sus ojos, azules de miradas tan serenas y bondadosas como las del Emperador de México, le hacían parecerse más á este último.

Tenía los cabellos muy rubios y usaba las patillas á la inglesa. Como su hermano Francisco José, vestía también el uniforme azul claro de la caballería austriaca. Sobre la mesa se encontraba su espada y su casco de plata, con plumero blanco.

Después de varias preguntas relativas al sitio de Que-

rétaro y á la muerte del Emperador Maximiliano, me manifestó que su hermano, en un codicilo agregado á su testamento, creyendo que todos los objetos de su propiedad particular, llevados á México, serían devueltos por el gobierno de la República á su familia, había dispuesto que se vendieran y que el producto de esa venta se distribuyera, por partes iguales, entre Shaffer, Günner, el doctor Basch, Pradillo y yo, pero que se había escrito al ministro de la casa imperial, Sr Sánchez Navarro, y éste había contestado que no solo todo lo que había pertenecido á la persona del Emperador había sido confiscado por el gobierno republicano, sino que el propio Sánchez Navarro, había perdido en la causa imperialista toda su fortuna personal.

Quedaba aun para nosotros el yacht *Ondina*, que anclado en el puerto de Trieste, iba á ser rematado, y aunque el barco no valía gran cosa, tenía muy buenos instrumentos de marina, de los que podría sacarse algún dinero, que se nos distribuiría.

Agregó el archiduque que este asunto se encontraba en poder del Dr Possony, abogado de la Corte, á quien podía yo dirigirme en busca de informes y para el que me dió una carta.

Me despedí del archiduque, quien me dijo que podía yo verlo siempre que gustara y que me recibiría con verdadero placer.

Mi tercera visita en la corte austriaca fué para la archiduquesa Sofía, madre del Emperador.

Vivía la archiduquesa en el castillo de La Burg, y

allí acudí á su secretario particular, hombre adusto y grosero, á quien hablé en francés, y me contestó en alemán que estaba yo en un país donde se hablaba alemán y que él no tenía obligación de hablar francés.

Contesté que efectivamente estaba en un país en que se hablaba alemán, pero que habiendo tenido el honor de ser recibido por el Emperador Francisco José y por el archiduque Carlos Luis, quienes me habían hablado en francés, no creía estar obligado á aprender alemán para hablar con un subalterno de ellos.

Cambió inmediatamente de tono y me preguntó qué deseaba y quién era yo.

Le presenté mi tarjeta, y cuando leyó:

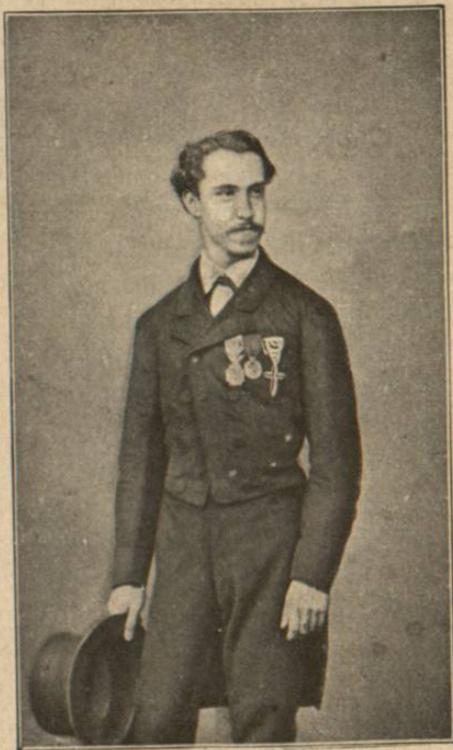
José Luis Blasio, ex-secretario privado del finado Emperador Fernando Maximiliano de México, se deshizo en atenciones, me dijo que el sinnúmero de personas que diariamente iban á quitarle el tiempo, le habían agriado el carácter, pero que estaba á mi disposición para cuanto se me ofreciera.

— Lo que deseo, le contesté, es presentar mis respetos á Su Alteza, la archiduquesa Sofía y para esto tenía que dirigirme á su secretario.

— Bien, me dijo, voy á acordar con ella algunos asuntos y le hablaré del deseo de usted, sírvase dejarme su dirección para comunicarle el acuerdo de la archiduquesa.

Por la tarde de ese mismo día, recibí en mi habitación una esquila por medio de la cual Su Alteza la ar-

chiduquesa Sofía me manifestaba que sería recibido.



José Luis Blasio, secretario privado del emperador Maximiliano.

por ella en audiencia, al día siguiente á la una de la tarde.

Media hora antes de la hora citada, me presenté en el

Palacio de La Burg y mostré á mi conocido, el secretario, la esquila de la archiduquesa Sofía, hizo llamar á un criado y éste me condujo á las habitaciones de la madre del Emperador de México.

Anunciado por un ujier, penetré á una suntuosa sala.

Se encontraba la noble señora, sentada en un canapé, y en pocos instantes pude contemplarla á mi sabor.

Tendría unos sesenta años, sus cabellos enteramente blancos, y graciosamente cubiertos con un ligero tocado de blonda negra, á la usanza de la época, le daban un aspecto respetable y simpático á la vez.

Vestía traje obscuro de seda, y al entrar y hacerle una reverencia, me saludó inclinando la cabeza é indicándome un lugar para que tomara asiento cerca de ella.

— Usted, me dijo en francés, es probablemente el joven mexicano á quien mencionaba mi hijo Max en sus cartas; en ellas me decía que Ud lo acompañaba por todas partes, que tenía Ud la particularidad de escribir cuando viajaban, en el mismo coche, y á Ud. era á quien hacía trabajar desde las cuatro de la mañana. Mi hijo me hacía grandes elogios de Ud en sus cartas.

— Señora, le contesté, yo tuve la fortuna de ser distinguido por Su Majestad con su confianza y con su cariño, me sentí muy feliz con servirlo durante los tres años que duró su reinado. Cuando me separé de él por

unos tres meses, que me envió á Miramar con pliegos para la emperatriz Carlota, tuve también la buena suerte de acompañarla á Roma, y el dolor de presentarse allí su locura; y al saber en Europa que el Imperio estaba á punto de caer, que el Emperador abdicaba y se disponía á salir del país, sin disfrutar del permiso de seis meses que me había concedido para descansar, volví á México violentamente, encontré á Su Majestad en Orizaba y en vez de embarcarnos para volver á Viena, regresamos á la capital del Imperio, y de allí salimos para la funesta expedición de Querétaro.

Fuí hecho prisionero al lado de Su Majestad, en el tristemente célebre cerro de las Campanas, pasé todavía á su lado los primeros días de prisión; después fuí separado de él, cuando comenzó el juicio, y solo dos días antes de ser fusilado, que aun pidió me llamaran á su prisión con el pretexto de escribir sus últimas cartas, pero que fué más bien para despedirse de mí, y decirme que si venía yo á Europa, me presentara á su familia, solo entonces lo volví á ver, y dos veces me estrechó contra su pecho y se despidió de mí para siempre.

La archiduquesa al oír tantos detalles, y después de contestarle á las numerosas preguntas que me hizo, lloró varias veces y al enjugarse los ojos con el rico pañuelo que portaba, tal vez recordó la responsabilidad que tenía en la muerte de su hijo, cuando por medio de la carta que éste recibió en Orizaba lo obligaba casi á sostener el Imperio hasta el fin, á pesar de la retirada de los franceses.

Más de una hora duró mi visita y varias veces que intenté levantarme para despedirme, S. A. me detuvo, para hacerme nuevas preguntas y oír repetidas veces los detalles que ya había manifestado.

Me despedí por fin de la Archiduquesa, y me dijo que volviera yo á verla, pues si bien había sufrido con mi relato, había tenido también el consuelo de oír hablar de su querido hijo Max á una persona que diariamente lo había tratado y que lo había querido tanto.

Algunos días después recibí una nueva esquila, en la que me invitaba Su Alteza á hacerle una nueva visita.

Esta vez, fué la entrevista á las once, y tuve el alto honor de ser invitado á su mesa.

Entonces, almorzando solo con la madre del que había sido mi Soberano, recordé las innumerables veces que me había sentado así, casi familiarmente, frente á frente del Emperador de México.

Había llegado en esos días á Trieste la fragata *No vara*, llevando á bordo los restos mortales de Maximiliano.

Era el dieciséis de enero de 1868, cuando la simpática población de Trieste, que adoraba al hermano de su Emperador, se aprestaba para presenciar el desembarque del cadáver del archiduque Fernando Maximiliano de Hapsburgo.

Mudos y con religioso recogimiento, presenciaron todos los habitantes de Trieste el fúnebre desembarque.

La lancha que llevaba el cadáver del regio ajusticiado estaba cubierta con ricos paños negros. En el centro de la embarcación, se levantaba una pira, sobre la que estaba colocado el ataúd, y á proa, un ángel en pie con las alas abiertas, y llevando una corona de laurel parecía coronar el féretro.

En la popa, veíanse las armas del imperio mexicano y á ambas bandas las de México y Austria unidas.

Del muelle fué llevado el féretro al elegantísimo carro, que enseguida partió para la estación del ferrocarril que había de conducirle á Viena.

Toda la ciudad de Trieste estaba enlutada, y en todos los semblantes leíase una profunda tristeza.

Partió el tren especial que conducía el cuerpo, á la una de la tarde, de Trieste, y llegó á Viena á las ocho de la noche del día siguiente.

Atravesó la fúnebre comitiva las calles principales de la capital del Imperio, en medio de una valla de lacayos, portando hachones. Á ambos lados de las calles, habíanse colocado altos mástiles con lámparas que daban majestuoso aspecto á la primera ciudad del Austria.

Á las nueve y media de la noche llegó el cortejo al Palacio imperial, estando el féretro enteramente cubierto de nieve, pues desde por la tarde una abundante nevada caía en las calles de la ciudad imperial, como si el cielo quisiera unir su duelo al de la noble familia de los Hapsburgos, envolviendo la capital en un blanco sudario.

El féretro se depositó en la entrada del Palacio imperial, donde esperaban la archiduquesa Sofía y los hermanos de Maximiliano. Tan luego como la madre del Emperador de México vió llegar el cortejo, se arrojó sollozando sobre el féretro y al contemplar á través de un cristal el rostro sereno y pálido del que fué su hijo idolatrado, cayó de rodillas, y por algunos instantes no se escuchó más ruido que el de sus entrecortados sollozos, únicos que turbaban el sepulcral silencio de aquel lugar.

Á la media noche, el féretro fué conducido á la capilla imperial de la Corte, donde se había improvisado la capilla ardiente. Allí se colocó sobre un soberbio catafalco, formado con riquísimos paños negros y rodeado por doscientos cirios que, colocados en altos candelabros de plata, lanzaban sus temblorosas llamas sobre el ataúd.

Allí permaneció el cadáver depositado durante todo un día, en el que fué visitado por todos los habitantes de Viena y de sus alrededores.

Entonces pude juzgar la inmensa simpatía de que gozaba el archiduque entre sus paisanos. Los suizos, los alabarderos de la guardia imperial, y los dragones, apenas podían contener á la inmensa multitud que se apiñaba para contemplar, por última vez, el cadáver de su archiduque.

¡Curiosa y extraña coincidencia! En el convento de Capuchinas de México había pasado el Emperador los últimos instantes de su vida, y ahora iba á ser deposi-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
"ALFONSO H. Y. C."  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
Ago. 1925 MONTREY, ILL.

tado para siempre su cadáver en la cripta de las Capuchinas de Viena, donde se encuentran casi todos los miembros de las dinastía reinante.

El día veinte de enero de 1868, á las tres de la tarde, fué trasladado el cadáver, con toda pompa, del Palacio imperial á la iglesia de las Capuchinas. Las tropas formaban valla en todas las calles del tránsito, por donde un público inmenso se agolpaba, para mirar por última vez el féretro que contenía el cuerpo de Maximiliano.

El almirante Tegetthoff caminaba á la cabeza del cortejo, acompañado de su Estado mayor; seguía después el lujoso carro fúnebre, tirado por ocho briosos caballos, cubiertos con paños negros y llevados por enlutados palafreneros.

Á ambos lados caminaba una compañía de marineros, que habían viajado en buques mandados por el archiduque, y detrás venía una comitiva numerosísima compuesta de oficiales, diplomáticos, chambelanes y altos dignatarios de la Corte.

Cerraban la marcha los representantes nombrados, al efecto, por todas las potencias de Europa.

En las puertas de la iglesia de las Capuchinas, el Emperador de Austria y los demás miembros de la familia imperial recibieron el ataúd que contenía el cuerpo de Fernando Maximiliano de Hapsburgo, y no pudiendo el templo contener el numeroso cortejo, gran parte de los concurrentes se quedaron en la plaza, mientras se verificaban las suntuosas exequias.

Yo había recibido del gran mariscal de la Corte una invitación para las honras, y entre la numerosa comitiva que seguía el féretro, me encontré con los siguientes funcionarios del Imperio mexicano, que por última vez lucían sus vistosos uniformes: el conde de Bombelles, el marqués de Corio, el mayor Günner, el conde de Kevenhüller, el consejero Eloin, el barón Malbourg, el doctor Basch, el comandante Pittner y otros más; algunos de ellos prisioneros en el sitio de Querétaro.

Don Hilarión Frias y Soto, que en lo que se refiere al imperio es imparcial y desapasionado escritor, dice, hablando de la ceremonia á que me refiero:

Ni un mexicano había concurrido á aquellas ceremonias. Todas las notabilidades del partido imperialista, los ministros, consejeros y altos empleados de Maximiliano, estaban en Europa, adonde habían ido huyendo de la justicia de la República; pero ninguno de aquellos hombres había ido á tributar un homenaje de gratitud al Emperador que les había prodigado honores, oro y consideraciones.

¡ Ellos, los que lo habían arrastrado á un trono y de allí á un cadalso, no se dignaban ir á ofrecerle un recuerdo!

El Sr Hilarión Frias y Soto, si bien dice la verdad al asentar que no había en las honras fúnebres del Emperador ninguno de los mexicanos, notabilidades del par-

tido imperialista, que de él recibieron honores, oro y consideraciones, se equivoca al decir que no asistió un solo mexicano, pues allí nos encontrábamos, el Sr Don Gregorio Barandiarán, ministro de México en Viena, su secretario Don Ángel Núñez y el que escribe estas líneas.

Pasados algunos días de las exequias del Emperador, recibí por conducto del secretario de la legación de Bélgica una carta, suplicándome pasara á esa legación.

Ocurrió lleno de curiosidad para ver de qué se trataba, y me fué entregado por el secretario un retrato, que representaba al Emperador, en traje de marinero, de pie en la proa de un bote, abrazado á una bandera y en medio de un mar agitadoísimo.

Más aumentó mi curiosidad, al ver que sobre la cubierta que encerraba el retrato, se leía en caracteres muy visibles y de puño y letra de la Emperatriz Carlota, letra que conocía yo tanto:

Á DON JOSÉ LUIS BLASIO

y más abajo, con caracteres para mí de escritura desconocida:

ANCIEN SECRÉTAIRE DE L'EMPEREUR  
MAXIMILIEN. — VIENNE.

Aquella fotografía, á juzgar por lo que ví, debe ha-

ber sido tomada de alguna pintura, mandada hacer como símbolo del naufragio del Imperio mexicano, por la misma Carlota, en alguno de sus momentos de lucidez.

Así pues, ¿la Emperatriz no ignoraba el trágico fin de su esposo? Evidentemente que no, puesto que en el reverso del retrato se leía lo siguiente:

ROGAD POR EL DESCANSO DEL ALMA DE SU MAJESTAD FERNANDO MAXIMILIANO JOSÉ EMPERADOR DE MÉXICO. — NACIÓ EN SCHOENBRUNN EL 6 DE JULIO DE 1832, MURIÓ EN QUERÉTARO EL 19 DE JUNIO DE 1867.

Seguían en latín y en español dos versículos de la Biblia.

Al recibir aquella fotografía, se aumentaron mis deseos de ver á la Emperatriz. ¡Cuánto quise entonces correr á Bélgica, hablarle, ver si me conocía y si acaso ya había recobrado la razón!

Me dirigí pues, alentado por ese deseo, á Bruselas, muy pocos días después de haber recibido la fotografía mencionada, y solicité indirectamente una entrevista con la Emperatriz.

Se me dijo que antes de concedérmela, iba á consultarse á los médicos que la atendían, y después de pocos días se me manifestó que éstos decidían que no era de accederse á mi solicitud, pues si bien podía producirse

una crisis favorable en el cerebro de la Emperatriz, también había muchas probabilidades de que, por el contrario, se produjera una crisis fatal.

Se me dijo además que en algunos días de lucidez, la Emperatriz había mandado pintar el cuadro, del que había asimismo mandado hacer fotografías y enviádo-las al conde de Bombelles, al marqués de Corio, al ministro Don José Hidalgo y á algunas otras personas que formaban su corte, y de las que aun se acordaba. Pocos días después había vuelto una crisis de locura, y en una de ellas se encontraba cuando llegué á Bruselas.

Completamente decepcionado y sin esperanza alguna de ver á la soberana, me decidí á conocer siquiera el castillo de Laeken, que le servía de residencia.

Al efecto, varias tardes me dirigí á la puerta del hermoso parque que rodea el castillo.

Una tarde, por fin, por una de las alamedas, vi venir hacia la puerta un grupo de tres damas rigurosamente enlutadas, que se paseaban lentamente á la sombra de los añosos árboles. Al acercarse á la verja, conocí por su esbelta figura á la emperatriz Carlota, en medio de las otras dos señoras.

Caminaba la Emperatriz pausadamente, vestida y peinada con mucha elegancia y cuidado; su rostro apacible y simpático revelaba una profunda tristeza, sus grandes ojos, tan negros y tan bellos, se veían aun más bellos y más grandes desde el fondo de sus ojeras violetas,

y sus pupilas parecían no fijarse en nada, mirando siempre el vacío, como interrogándole sobre la fatalidad de su destino.

Al ver acercarse á mí el grupo de las tres damas, estuve á punto de gritar á la viuda del infortunado monarca:

— ¡ Señora, aquí está uno de los más fieles servidores de Vuestra Majestad, que al volver á su país, quiere llevar el recuerdo de haber hablado, quizá por la última vez, con la que tantas veces lo favoreció con sus órdenes, con la que tantas veces la honró con sus palabras!

Pero cuando las tres damas llegaron cerca de la reja, la Emperatriz y sus acompañantes dieron vuelta alejándose lentamente entre las alamedas del castillo.

Algunos días antes, había visto el cadáver de Maximiliano; ahora me tocaba ver á la augusta demente, únicos restos del ilusorio Imperio mexicano.

Al día siguiente salí de Bruselas.

Durante mi permanencia en Viena, asistí á un baile en palacio, en los salones del Reducto, y pude ver entonces toda la magnificencia de la corte austriaca y la semejanza de la etiqueta con la del Imperio mexicano.

Cuando el Emperador y la Emperatriz se presentaron en el Reducto, todas las damas y los caballeros formaron una valla prolongadísima, por la que pasaron SS. MM., saludando á todos los cortesanos.

En el baile al que asistí, Francisco José lucía el uniforme azul de la caballería austriaca, y sobre el pecho y pendientes del cuello, gran cantidad de cruces y de condecoraciones; llevaba del brazo á la Emperatriz Isabel, entonces la mujer más hermosa de Europa, según decían sus admiradores.

Después de pasar los soberanos, les seguían, como cauda de oro, las damas de la corte, ricamente ataviadas, los chambelanes y los altos dignatarios.

Pero en lo que sí ví que se diferenciaba mucho aquel baile de los de México imperial, fué que en este no se bailaba, porque parecería de mal tono.

Así pues, mientras dos magníficas orquestas se alternaban ejecutando alegres piezas de baile, las parejas se paseaban por los salones.

Se habla de política, de viajes, se intriga, se forman ó se proyectan galantes aventuras, y de media noche en adelante, en otros salones, los reposteros sirven en multitud de pequeñas mesas espléndidos manjares y ricos vinos hasta muy avanzada la noche.

Poco tiempo después fui invitado á otro baile, que daban los oficiales de artillería en los salones llamados de Flora, dedicado á los archiduques.

En este baile se encontraba gran parte de la concurrencia que había yo visto en el Reducto, con la diferencia que en éste, sí bailaban las aristocráticas damas y no se desdeñaban de conceder un vals ó un shotish á cualquier oficial del ejército, ó á cualquier agregado de embajada.

Entretanto el yacht *Ondina* había sido adjudicado en Trieste á un rico otomano, el Sr Jacob Muzani, en la suma de 11.502 florines, y el doctor Possony me llamó para entregarme la parte que me correspondía, quedando pendientes cincuenta mil florines, que en diversos valores se tenían que recibir; pero de los cuales jamás vimos uno solo las personas anotadas en el codicilo de Maximiliano.

Permanecí todavía en Viena, pues había creado tantos afectos que me era muy penoso partir; pero llegó por fin el momento en que fué necesario regresar á México.

Antes de marcharme de la capital del Austria, adonde jamás podría volver, quise por última vez visitar la cripta de las Capuchinas, y elevar allí mis oraciones por el descanso del alma de mi soberano.

Bajé pues la vispera de mi partida, acompañado de un fraile, que me iba indicando los sepulcros de la familia imperial y con voz pausada mencionando los nombres de los ilustres difuntos:

« La Emperatriz María Teresa... »

« Su Majestad el Emperador José II... »

« El duque de Reischtadt... hijo de Napoleón I... »

Y por fin:

« Maximiliano, Emperador de México... »

Y de rodillas oré frente á la tumba del monarca.

Después, atravesando el Austria, la Alemania, pasando por las orillas del Rhin, por Bélgica y por Fran-

cia, llegué al Havre, donde me embarqué rumbo á México.

Extraño había sido mi destino, pues me había permitido contemplar, después de vivir día á día con el Emperador, la locura de la Emperatriz, volver á mi patria y presenciar el derrumbe del Imperio, y por último asistir á los honores póstumos tributados en su tierra natal al que fué Emperador de México.

Han pasado de entonces acá treinta y ocho años, y hoy al evocar mis recuerdos los encuentro tan frescos como si todo cuanto acabo de relatar hubiera acontecido ayer.

Al escribir estas páginas, lo he hecho sin pretensiones de historiador, ni de literato, únicamente con el deseo de que sea más conocida esa personalidad histórica, que tantos han tratado de denigrar.

He escrito mis recuerdos sin parcialidad alguna, sin pasión y sin rencores.

En mi narración he querido también obtener que el público pueda sentir alguna simpatía por aquel personaje, que si como gobernante pudo cometer grandes errores, como hombre, poseía el más noble, leal y gran corazón que pudiera existir.

México, Junio-Octubre 1904.

---

## APÉNDICE

### LA TRAICIÓN

---

#### I

El general Márquez. — Su salida de Querétaro. — Lleva de México las mejores tropas en auxilio de Puebla. — Es derrotado en San Lorenzo. — Pérdida de la capital.

Al acabar de escribir mi libro *Maximiliano íntimo*, en el que me he limitado á decir cuanto presencié y cuanto vi, sin meterme á investigar cuáles fueron las causas determinantes de la caída del Imperio, casi me había decidido á no tocar punto tan escabroso y tan delicado como es el que constituye este apéndice; pero de algún tiempo á esta parte, ha vuelto esa cuestión de los traidores á removerse de tal manera, que no puedo menos de dar mi humilde opinión sobre los jefes Don Leonardo Márquez y don Miguel López, y sobre la parte de respon-